

es un sueño repetido hasta el cansancio, el sueño de una muerte sin fin. Frente a esto, comprende que la inteligencia, providente y enaltecedora de un tiempo puro, lo concibe todo sin crearlo, es una «soledad en llamas», que devora lo que es objeto de su actividad. ¿Qué es lo que permanece en esta sucesión de devoraciones? Ella misma, la inteligencia, el eterno Narciso condenado, como Sísifo, a no cumplirse. El Dios, lo absoluto, la sabiduría, que encarnó en la forma para ser, está condenado a un páramo de espejos. «La sorda pesadumbre de la carne» no halla lugar en esa inteligencia desvivida en absorber las esencias.

No deja de ser curioso que Gorostiza no haya mirado, él que era cristiano (aunque muy particular) a sus semejantes, me refiero al Gorostiza inventado por el poema, no al hombre de carne y hueso (que de todas formas, algo tendría que ver con el generado por el poema). Para él, el conocimiento es conocimiento de la muerte, de nuestro irreductible ser para la muerte; por eso escribió en una de esas tempraneras mañanas en su oficina, esta seguidilla perteneciente al poema que comento:

Sabe a luz, a luz fría  
sí, la manzana.  
¡Qué amanecida fruta  
tan de mañana!

La respuesta del poeta mexicano a tan desolada conciencia es la poesía. La vida puede contemplarse en el poema, es la imagen más perfecta. Dios, vaso, poema, acaban siendo una misma metáfora. Pero no es la salvación definitiva, es más bien un forma bella de vivir la muerte:

El camino, la barda, los castaños,  
para durar el tiempo de una muerte  
gratuita y prematura, pero bella,  
ingresan por su impulso  
en el suplicio de la imagen propia  
y en medio del jardín, bajo las nubes,  
descarnada lección de poesía,  
instalan un infierno alucinante.

Un infierno alucinante, sí, y aquí he de recordar de nuevo el rico ensayo de Paz, porque el poema es un vivo monumento funerario: imagen de todas las muertes en su incesante morir, sólo que de una forma escultórica, cincelada en la transparencia del cristal sonoro. Con una lucidez suicida Gorostiza afirma que la forma en sí misma no se cumple, pero no dio paso en su poética ni en su sensibilidad a la otra realidad que subyace en este pensamiento. Si la forma coincidiera consigo misma sería inhabitable, ininteligible. Leemos los poemas, las novelas y los tratados de teología y filosofía porque todas estas obras están abiertas: ciertamente no coinciden, necesitan de nuestra subjetividad, de la incorporación de nuestra temporalidad, para cumplirse, para tender hacia el encuentro, hacia el reconocimiento. Si la forma coincidiera en sí misma, si nosotros coincidiéramos en nosotros mismos seríamos impenetrables e incapaces de penetrar: tiempo puro, coincidencia del ser consigo mismo. El momento de no coincidencia es también el instante de la visión: por esa desgarradura se nos muestran las dos orillas de la totalidad, nuestra

condición, la distancia entre lo uno y lo otro. Extraño orgullo el de Gorostiza: antes de entregarse al otro, sucumbe (y así afirma su proyecto formal) a su enemigo irreconciliable, a la muerte. O la forma absoluta o la muerte, parece decirnos. La soledad de Narciso y la de Don Juan: ninguno de los dos pueden reconocerse en el mundo, están condenados a los espejos, como ocurre en Gorostiza. Pero Gorostiza no se burla del mundo, lo ignora. Yo sospecho que debió sentir un cierto pudor y desprecio por el cuerpo, por los desmanes e inexactitudes de la carne. Pero ante sospechas, es mejor continuar con lo anterior.

El poema es un «epigrama de espuma que se espiga» (otro eco, en este caso, me parece, de Mallarmé: «Aboli bibelot d'inanité sonore»), una columna transparente que sobre sí cae y se absorbe. Creo además, que es el mismo vacío que sintió Mallarmé pero más restringido al campo de la ontología. Por ese mismo vacío donde al contemplarse cae, *Muerte sin fin* hace surgir su propia crítica, de ahí su modernidad. El fragmento VIII es revelador sobre este asunto. Toda una tradición, la de la poesía pura, es vista con sorna por Gorostiza. Si en algún momento de su gran poema Gorostiza define a la poesía como un minuto enardecido hasta la incandescencia, ahora ve las grietas de ese tiempo puro. Cito estos versos escalofriantes por su lucidez y belleza:

Los crudos garfios de su muerte suben,  
como musgo, por grietas inasibles,  
ay, la hostigan con tenues mordeduras  
y abren hueco por fin a aquel minuto  
—¡miradlo en la lenteja del reloj,  
neto, puntual, exacto,  
correrse un eslabón cada minuto!—  
cuando al soplo infantil de un parpadeo,  
la egregia masa de ademán ilustre  
podrá caer de golpe hecha cenizas.

Parece el gesto de un dandy que, consciente de su ruina, se refiere a ella con todos los gestos del antiguo lujo. La muerte le anda buscando las cosquillas, y la forma se complace en ese oscuro colapso. Lo que la forma siente es que la substancia, cuya precaria juntura con la forma proclama su imposibilidad, sufre una pérdida incontenible, que el continente no contiene, que la pretendida quietud de lo formal no nos defiende del fluido informe de la vida. La materia, derramada, «en un claro silencio se deslíe», se entrega a su propia muerte,

hacia el sopor primero,  
a construir el escenario de la nada.  
Las estrellas entonces ennegrecen.  
Han vuelto al dardo insomne  
a la noche perfecta de su aljaba.

La visión de Gorostiza es la de un gran poeta, e impresiona la de veces que hay que detenerse ante la belleza y exactitud de sus hallazgos. Frente al silencio, Gorostiza descubre que su lenguaje se le agota y las diversas estéticas no son sino gestos más o menos ridículos ante la imposibilidad del decir.

La muerte de la voluntad de forma, ante la imposibilidad de encontrar una plenitud formal de sentido, es también (puesto que esta sabiduría, como citaba en los *Proverbios*, no es otra que la divina en sus proyección en la criatura humana), es también, decía, la muerte de Dios.

Ahogado el hombre —«su palabra sangrienta»— Dios no tiene tampoco posibilidad de conocerse. Ya que no en el otro, puesto que Gorostiza, herido por la ausencia de Dios, buscaba como única posibilidad trascenderse en un mundo de esencias, la única forma de trasponer las lindes enemigas de la muerte es entregarse a la muerte misma, irse al diablo:

Desde mis ojos insomnes  
mi muerte me está acechando,  
me acecha, sí, me enamora  
con su ojo lánguido.  
¡Anda, putilla del rubor helado  
anda, vámonos al diablo!

He de citar aquí, de nuevo, el proverbio último para que sea más claro su sentido en el poema: «Mas el que peca contra mí [contra la sabiduría] defrauda su alma; todos los que me aborrecen aman la muerte». Narciso, cansado de no poder traspasar sus propios límites, fatalmente encadenado a su intrascendencia, se precipita en las aguas. ¿No es acaso eso lo que ve al inicio del poema, la cara en blanco, hundida a medias en la corriente del agua, como una risa agónica? Todo ha sido un segundo y ha sido toda la vida.

El lugar que ocupa este poema en la literatura hispanoamericana es grande; es, además, singular. Si miramos a los grandes poetas americanos vemos que el mundo moral y metafísico de Vallejo es cristiano, como el de Gorostiza, pero en cambio en el poeta peruano hay un amor compasivo, incluso autocompasivo: el Cristo cholo crucificado en la historia. Neruda es la gran conciencia poética de la tensión vegetal y geológica de la lengua, una lengua carnal. Frente a ellos, Borges brilla como una paradoja. El mundo en su obra se resuelve en una dialéctica espejeante: presencias que se disipan bajo el rigor de una lógica poética que descansa, más que en una base filosófica, en una creencia que adopta las formas de la filosofía: la vida es irreal. Gorostiza es una inteligencia descarnada que erige, en la transparencia inaudita de un poema, el monumento a la forma, tal vez, a pesar suyo. El mundo de Gorostiza es antihistórico en un momento en el que el hombre es, cada vez más, consciente de su historicidad. Es verdad que somos algo más que historia, como somos algo más, y menos, que signos y significados; pero quizás el sentido no está en la reducción de la vida humana a una captación de algunas esencias ideales. Poco menos de veinte años después, otro mexicano, también en un poema extenso que en ocasiones parece una respuesta a Gorostiza, desplaza el ser hacia la historia: el ser se resuelve en su aparición. Me refiero a *Piedra de sol* (1957) de Octavio Paz. Probablemente, sin el primero no hubiera existido el segundo y ambos forman parte de la pluralidad contradictoria que somos, ambos nos expresan. Frente a la muerte sin fin de Gorostiza, el poema de Paz es un caer sin fin en la historia, sólo que el espacio móvil de la historia es el teatro de nuestros forcejeos: la visión de un instante en el esplendor del cuerpo, la soledad, las ideas y las pasiones, la constelación del abrazo y el tiempo que fluye y no vuelve.

¿*Muerte sin fin* es una descarnada lección de poesía como propongo en el título de esta nota? Quizá la poesía, aunque enseñe, no pueda ser sólo una lección. Tal vez debería escribir: descarnada *visión*, aunque entre sus abstracciones y retruécanos de alto gongorismo, más de una vez José Gorostiza nos caliente la sangre.

**Juan Malpartida**

